

JOSEFINA ALDECOA O LA VOCACIÓN DE ENSEÑAR Y ESCRIBIR

LOURDES BRAVO SÁNCHEZ.

UAM e IES Celestino Mutis.

Con la muerte de Josefina Aldecoa el pasado 16 de marzo se va gran parte de la memoria de la España de postguerra, una de las últimas representantes de la llamada “Generación del medio siglo”. El profesor Sanz Villanueva apunta dos grandes rasgos que marcan la promoción mediosecular. Uno, un criticismo juvenil que estimuló una rebeldía contra sus mayores de la cual salieron posturas de confrontación antifranquista que desembocaron en algunos casos (el de los hermanos Goytisolo) en la temporal militancia comunista. Otro, un sentimiento de adanismo literario y de orfandad cultural que suplieron con un autodidactismo que floreció en una amistad estrecha entre sus componentes: Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Jose María de Quinto, Jose María Valverde, Alfonso Sastre e Ignacio Aldecoa, que fue su marido y del que tomó el apellido con el que firmó sus libros después de su muerte en 1969.

Josefina Rodríguez Alvarez (1926–2011) era leonesa de La Robla, de donde emigró a León a los quince años. Es allí, en la Biblioteca Azcárate de León leyendo los libros prohibidos que le proporcionaba Antonio González de Lama y escuchando las disquisiciones literarias de los miembros de “Espadaña” –además de Lama, Crémer y Nora–, donde nació su pasión por la literatura. Al ejemplo del compromiso cívico que dieron los *espadañistas* hay que sumar el poso ilustrado de la Fundación Sierra Pambley, versión leonesa de la ya mítica Institución Libre de Enseñanza.

Y es que Josefina Aldecoa desarrolló su trayectoria literaria en estrecha relación con la que fue su vocación y pasión: la docencia y la



Josefina Aldecoa.

Fotografía de Esteban Cobo

Fuente: <http://blogs.elnortedecastilla.es>

pedagogía; sobre esta última versa su tesis doctoral *El arte del niño*. Fundó el colegio Estilo en 1959, ideado para hacer de la enseñanza gris y rígida de los años cincuenta en España algo más moderno, abierto y laico, en la senda de la Institución Libre de Enseñanza y de los modelos que había visto en Inglaterra y Estados Unidos. Al colegio Estilo dedicó su vida y, en cierto modo, sacrificó su carrera literaria, ya que estuvo muchos años sin escribir después de haber dado sus primeros pasos como escritora con la publicación en 1961 de la colección de cuentos *A ninguna parte*.

La importancia del cuento en la posguerra fue capital no solo para ella, pues buena parte de los miembros de la generación de Josefina

se iniciaron en la literatura con las formas breves del relato e incluso bastantes de ellos lo siguieron simultaneando con sus novelas extensas. En casos como el de la escritora leonesa el cuento se configura como su más certera expresión artística, y el conjunto de ellos ofrece una interpretación del mundo que iguala en extensión y riqueza a sus novelas. Lo mismo podríamos afirmar de la creación literaria de su marido, Ignacio Aldecoa. Dos circunstancias favorecieron el desarrollo del cuento: por una parte, los concursos que actuaban como estímulo (Sésamo, Café Gijón...); por otra, la generosa acogida que le dieron las revistas *Insula*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Acento cultural*, sobre todo *Revista Española*, de la que fueron directores Ignacio Aldecoa y Alfonso Sastre y en la que Josefina Aldecoa tradujo el primer cuento publicado en España de Truman Capote.

En 1981 rompe su silencio creador de muchos años con la publicación de una edición crítica de los cuentos de su marido. A partir de este momento Josefina Aldecoa va elaborando su obra desde el recuerdo, la memoria y la transfiguración artística de una mujer que ha vivido la Guerra Civil con sus devastadores efectos y ha ido habitando diferentes etapas de la historia. En *Los niños de la guerra*, aparecida en 1983, hace una crónica de su generación con semblanzas y comentarios literarios. En esta línea evocadora se sitúa *Fiebre* (2000), antología de cuentos escritos entre 1950 y 1990.

Aparte del relato breve, su obra literaria muestra con claridad meridiana los temas recurrentes de su escritura. El primero, la relación entre

madre e hija que abarca su trilogía *Historia de una maestra* (1991), *Mujeres de negro* (1994) y *La fuerza del destino* (1997). Novelas precursoras de la llamada memoria histórica. En ellas la autora, maestra e hija y nieta de maestras, hace un homenaje a los maestros de la República: “Hubo una etapa de silencio sobre el pasado que fue como una cura de muchas cosas que nos habían ocurrido. Para entender una literatura hay que entender el contexto histórico en el que se ha desarrollado. Algunos escritores y críticos de los setenta despreciaban el realismo, y tuvimos que esperar a los noventa para que se produjera una reacción justa de reflexión y memoria”.

El segundo tema importante en su narrativa comprende las relaciones entre mujeres: *La enredadera* (1984) *El vergel* (1988) y su última novela *Hermanas* (2008) abundan en esta temática. El tercero, las vidas de las personas atrapadas por su destino (para ella “El destino era el carácter”); así, en *Porque éramos jóvenes* (1986), *El enigma* (2002) y *La casa gris* (2005); la primera y la última, con un fuerte componente autobiográfico.

En 2004 fue galardonada con el premio Castilla y León de las Letras por su “consolidada trayectoria narrativa en la que, junto al cultivo del relato breve, ha destacado de forma singular, ha demostrado su magisterio y su dominio literario con la escritura de una obra novelística que profundiza en los ámbitos de una memoria personal y generacional en la que sobresale un sostenido y sobrio lirismo”. Su último galardón lo recibió del Gobierno el pasado 8 de abril con la entrega de la Medalla de la Igualdad. ■

[...] desarrolló su trayectoria literaria en estrecha relación con la que fue su vocación y pasión: la docencia y la pedagogía [...]

